

LA MUJER COMO SUJETO ACTIVO Y OBJETO DE EVANGELIZACIÓN

Matilde Gastalver Martín

Me han pedido mi reflexión sobre el tema de la mujer y la evangelización, que quisiera abordar de la siguiente manera: en primer lugar me centraré en “la mujer”. En segundo lugar diré qué entiendo por “evangelizar”. En tercer lugar abordaré la mujer como sujeto activo de evangelización para finalizar en cuarto lugar con el tema de la mujer como objeto de evangelización. Vamos entonces con el primer punto

La mujer

Ya es un tema muy hablado el de la mujer, difícilmente alguien quiere volver al discurso de género que tiene un reconocimiento reciente aunque su cometido sea tan antiguo como lo es la historia de la humanidad.

¿Qué entendemos por mujer? ¡Somos tantas las mujeres! Tan diferentes nuestras historias, nuestras luchas, nuestro posicionamiento ante el mundo. Siempre estamos demasiado condicionadas por el contexto histórico, cultural, social, económico, familiar y religioso.

Iniciar este tema me sitúa en mi historia personal y me hace mirar hacia atrás y reconocer valorando su particularidad: mi camino concreto, mis búsquedas, incluso mi perfil psicológico, mi manera de sentir y situarme en la vida.

Soy consciente del privilegio de mi vida. ¡Qué diferente es a otras vidas, mi situación de mujer en Mallorca! Estoy casada y puedo decir que mi marido reconoce y potencia mis valores. Soy madre de dos hijos de más de 26 años los dos, profesora de religión en un instituto público, con un recorrido personal de más de sesenta años....

Pero esta historia no ha sido lineal, ha evolucionado. Como tantos otros animales, he ido «mudando». He metamorfoseado mi figura exterior, pero también mi interior, mis ideas, mis creencias, mi fe, mi manera de situarme en la vida. He ido perdiendo seguridades religiosas para abrirme a dudas que me dejaban a la intemperie, y ahí, he buscado respuestas que he hallado en horizontes más amplios, más libres, más auténticos, más arriesgados, pero también, de más soledad.

Sin embargo, qué tiene que ver mi historia de mujer con Sanaa, una amiga mía marroquí que también vive en Mallorca, con tres niñas entre dos y 10 años, sin otra familia que su marido, obrero de la construcción sin contrato. Excelente cocinera y repostera de la comida árabe/marroquí, que aún no cumple los 30 años, sin posibilidad ni de buscar un trabajo porque no tiene con quién dejar a su hija más pequeña.

Su madre la abandonó de niña y su padre volvió a casarse. Siendo brillante en sus estudios pronto le hicieron abandonarlos para cuidar a los hermanos pequeños del nuevo matrimonio de su padre. Su sueño fue poder estudiar y toda su lucha es para que sus hijas puedan hacerlo. Con unas creencias y una fe distinta de la mía. Ella no cuestiona su historia, su matrimonio, sus dogmas, su horizonte limitado, y ahí está con todo su potencial.

Si nos acercásemos a mujeres de Arabia Saudí, uno de los mayores exportadores de petróleo, pero donde sus mujeres siguen estando bajo la tutela legal de los padres, maridos o hermanos mayores. Una de cada seis sudies sufre a diario violencia por parte de quien las tutela. Si vamos a las sierras de Catemaco en México o de tantas zonas africanas... o a las que sobreviven a los abortos de la India o China (donde esperar una hija es una maldición, una desventura) o tantos otros lugares asiáticos, descubriríamos espantosas e hirientes diferencias, pero siempre con ese fondo específico que aporta nuestra feminidad, nuestra sexualidad.

Sí, soy consciente de que soy una privilegiada, mi vida dista leguas

de las vidas de tantas otras mujeres de hoy, aun de tantas que viven en mi misma ciudad.

Si he aceptado escribir esta reflexión ha sido precisamente porque se especificaba la perspectiva de género en un tema relacionado con la evangelización. Rara vez en el ámbito teológico se le da la palabra a la mujer para definirse a sí misma, para reconocer su opinión. Llevamos siglos de historia teológica masculina hablando por nosotras y de nosotras sin hacer justicia a la maravillosa pluralidad de la creación.

Sigue vigente en el siglo XXI esa desarmonía entre lo femenino y lo masculino, las relaciones siguen siendo de desigualdad y poder; de sometimiento de la mujer al poder masculino y de una forma especial en el seno de las religiones, y de forma específica en la Iglesia católica, universal

¿Se quedaría Jesús en una Iglesia que nos sigue excluyendo de decisiones, de sacramentos, de la igualdad que él nos otorgó?
¿Aceptaría Jesús para los suyos la marginación la mujer en la Iglesia?
¿Asumiría Jesús el silencio de la Iglesia ante las injusticias que viven las mujeres?

Por primera vez en la historia de la humanidad, en el 2011 los hombres igualaron en número al de las mujeres: 7 mil millones de personas; siempre hasta entonces habíamos sido más las mujeres.

¿Qué enfermedad contrajo la humanidad desde sus inicios, que no supo ver en la mujer una parte de la riqueza y de potencial del género humano? ¿Qué lacra ha conseguido que el hombre haya crecido sometiendo y utilizando a la mujer solo para su placer sexual y la perpetuación de la estirpe, haciendo de ella un ser de segunda clase ni siquiera equiparable a los animales? ¿Cuándo fue que el hombre se empezó a imponer a su compañera? ¿Cómo la creyó inferior si tanto la necesitaba, si todos ellos habían sido engendrados, amamantados y cuidados con ternura por una mujer, su madre? ¿Cuándo empezó a verla perversa y a culpabilizarla por

los deseos que en él despertaba?

¿Qué ha de ocurrir para que los hombres lleguen a entender que somos la mitad de la humanidad, para construir juntos, sumando como iguales nuestros potenciales en beneficio de un proyecto humano para la vida? ¿Cuándo llegaremos a que entre hombres y mujeres tengamos pleno poder de adoptar nuestras propias decisiones y plasmar plenamente nuestro potencial?

Únicamente en los países desarrollados la lucha de las mujeres para lograr reconocimiento y derechos ha dado algunos frutos. De los pobres, los más pobres siempre son las mujeres, primero siendo niñas, después cuando son adultas y nuevamente cuando envejecen. La pobreza se radicaliza en el género femenino. Sin embargo, Rita Nakashima Brock afirma que “la esperanza de nuestra sociedad y la supervivencia de nuestro planeta radican en nuestra capacidad de liberarnos de los rígidos roles de género”.

Pese a todo esto, los estudios más recientes de psicología en el análisis de las relaciones humanas demuestran cualidades específicas de la mujer que equilibran la vida. Estamos especialmente dotadas de capacidad de liderazgo y la historia confirma que no para obtener ventajas personales, poder, dinero o prestigio sino con el fin de inducir al bien común, de hacer crecer a las personas de las que nos rodeamos.

La psicología descubrió que la relación es esencial al hecho de ser mujer; somos capaces de crear redes sanadoras de amistad que difunden armonía y cordialidad, acogida y calidez. Creamos tejidos de amistad, de apoyo mutuo, relaciones íntimas entre nosotras que no tiene parangón con los que se establecen en el ámbito masculino.

No es necesario mencionar el equilibrio entre relaciones personales y salud mental, y por lo tanto la valía social de la mujer para el bien de la sociedad en este aspecto.

El hombre solo ha reconocido en la mujer el evidente papel maternal. Reduciendo y limitando sus cualidades al entorno del hogar, del servicio, del cuidado. Muchas veces es la propia maternidad, es decir, el desconocimiento del propio cuerpo y la falta de medidas de la fecundidad, la causante de la elevada mortandad de las mujeres en los países más pobres, de la perpetuación de la pobreza de la mujer. Para colmo la Iglesia creó un paradigma femenino de virginidad y pureza, o pétreo y gélido o etéreo y desencarnado, para las fervorosas. Para las otras, de segunda clase, quedaba la opción al matrimonio (... “pero si no pueden contenerse, que se casen: más vale casarse que abrasarse” 1Cor 7, 9).

Los varones son los que hasta hoy han gobernado y legislado en un ámbito tan personal y privado como son nuestros cuerpos, nuestra capacidad creadora o genital, nuestras decisiones más trascendentes e íntimas.

En la maternidad, o fuera de ella, las mujeres somos centros de ternura, de delicadeza y armonía. Llevamos en nuestros cuerpos ritmos de tierra y de cielo; ciclos perpetuos en sintonía con todo el resto de la naturaleza y de la sabiduría de la vida. Participamos de la co-creación. Las leyes que nos rigen abren a la vida, son esperanza constante de creatividad, de novedad. Es como un horizonte abierto para crecer, para hacer camino siempre hacia delante. Es nuestra manera de sobrevivir al dominio y el poder.

Algunos pensarán que se me olvidan detalles, que oculto una parte dañada de nuestra realidad, que nada es tan bello. No es necesario ir a ello, bastante historia tenemos de esas letanías de maldades femeninas, de interminables y crueles infiernos creados cercando y ahogando nuestra realidad. Tendremos que respirar para liberarnos de ellos y descubrir y ofrecer a los hombres nuestra riqueza, porque no es para nosotras, es para todos. Si lo femenino emerge, es un regalo de Dios para todo el resto de la humanidad, podríamos decir que es un regalo para los propios hombres.

Debería bastarnos mirar a la propia naturaleza para aprender.

Ella es un ejemplo de equidad, de equilibrio entre lo masculino y lo femenino. Las mujeres entre la especie superior de la creación han compartido las cargas, los dolores, los partos, pero han sido privadas de los gozos, humilladas, sometidas, maltratadas, apartadas de la cultura, de los bienes, del poder, del dinero y del derecho... Lo más triste es que el argumento del que se han valido los hombres ha sido casi siempre la religión. Se han apoyado en los diversos credos religiosos para validar desde Dios ese menosprecio a lo femenino. El hombre ha utilizado a Dios para arremeter contra la mujer para su propio beneficio, negando su bondad originaria y convirtiéndola en hija del mal (voy a omitir el repaso por la historia de la teología cristiana del trato y argumentaciones de la maldad de la mujer por hombres, a los que se les reconoce autoridad y santidad)

¿Qué entendemos cuando decimos evangelización?

No me gusta esa palabra, mi inconsciente se va a «cruzadas» por llevar la verdad a los que creemos estar en la mentira, a los perdidos en otras creencias inferiores, equívocas.

Me trae a la memoria el desatino que el poder político y religioso pactaron para conquistar tierras y más poder, queriendo sentirse tan grandes como Dios mismo, construyendo catedrales que justificaran sus palacios, enriqueciéndose a costa de los pueblos a quienes debían servir. Me hace presente jerarquías establecidas para dividirnos en clases, para que los que están más arriba impongan en nombre de Dios cargas pesadas a los demás.

Prefiero el termino de «evangelio», porque significa «buena noticia». Me parece más claro, en sintonía con la voluntad de Jesús. Una buena noticia es la que llega a todos y todos esperan por igual. La que nos libera sin diferencias.

Necesitamos buenas noticias. Necesitamos que alguien nos llame por nuestro nombre y nos diga: te traigo una buena noticia. Si esto sucede nos llena de gozo, nos hace sonreír; ¿no es la sonrisa el

distintivo de hombres y mujeres con respecto del resto de animales? Somos los únicos seres que podemos sonreír y alegrarnos con las buenas noticias.

Jesús de Nazaret se convirtió en «buena noticia» para los que solo recibían malas noticias. Pero también Jesús de Nazaret fue «mala noticia» para algunos: los de arriba, los que ostentaban el poder, los que se creían cerca de Dios, cumplidores de ritos, gentes que frecuentaban las sinagogas o el templo.

La buena noticia no es para el que está bien, para el que ya se ha creado su espacio seguro y sacro, su círculo de salvación.

La buena noticia es siempre para quien la necesita, ha de llegar de fuera y ofrecerse como un obsequio, como un don inmerecido, como un regalo inesperado e inalcanzable. Es la alegría de vivir, el motivo para ponerse en pie, es el reconocimiento que otorga dignidad donde no la hay. Es la amistad que se nos regala y nos hace sentirnos únicos para alguien, apreciados en lo hondo.

Evangelizar me suena a sermones, a lavados de cerebro religiosos, a organización de ceremonias interminables, aburridas y desligadas de la vida y sus vibraciones.

Ojalá evangelizar fuera recordar constantemente la bondad de Jesús y llevarla a quienes hoy la necesitan. Porque, hoy como entonces, «la buena noticia de parte de Dios» tendría por destinatarios a los más necesitados: las mujeres, las más pobres entre los pobres. Doblemente pobres, por su carencia económica, pero también por falta de reconocimiento, su dignidad, sus derechos, su valía.

Es hora ya, es urgente, que a las mujeres nos llegue la buena noticia de nuestra dignidad reconocida, nuestros valores propios estimados, nuestros derechos defendidos y equiparados.

Hoy necesitamos evangelio, buena noticia por el fracaso estrepitoso del sistema económico que sigue manteniendo la pobreza mundial,

el olvido de una mayoría por la avaricia y la usura de unos pocos. Los países ricos vivimos lo que siempre tuvieron los pobres: las muertes constantes de mujeres, la pérdida de esperanza laboral y bienes sociales, desahucios, hambre. Los jóvenes no saben para qué prepararse y los mayores no tenemos respuestas al engaño y la deshonestidad. Dios no suena a nada, o a mil mentiras amañadas por el abuso del poder religioso, cada uno creando una imagen de su propia estrechez con nombre de Dios.

Necesitamos resucitar a Jesús; él sí es la imagen nítida de un Dios diferente de tantos otros. Tal vez hoy Jesús hablaría de él como Madre, Entraña Amorosa, Seno Gestor de vida. Dios Madre Afligida por el dolor de sus hijos. Dios Consoladora que se acerca acariciando nuestras heridas y nos cura cuando dice nuestros nombres devolviéndonos la dignidad. Un Dios no solo en masculino, sino también en femenino, para que nosotras podamos reconocernos en él.

«La buena noticia» no tiene otro dogma más que el de ser humanos; lo único sagrado, el paso de cada mañana al encuentro de la vida. Su templo es lo cotidiano y su ceremonia la mesa compartida que nos alimenta el cuerpo y el alma. Y la risa compartida y las penas también compartidas.

Esta sí es evangelización que sana y hace sentirse cerca de Dios, protegidos por su mano, que nos cuida como cuida la vida, los árboles, las flores, los pajarillos, aunque sea otoño o invierno. Que sonrío en la luna y habla en el silencio del firmamento oscuro o estrellado.

La mujer como sujeto activo de evangelización

Si evangelizar es portar buenas noticias, la mujer tiene fácil este objetivo. Parece que la naturaleza nos ha dotado de este bien.

Nuestra mejor noticia es el recuerdo agradecido para quienes nos han dignificado. Jesús devolvió la dignidad a aquellas con

quienes se encontró, y ellas no le abandonaron. Le siguieron sin precedentes históricos en una sociedad patriarcal donde los confines de la mujer eran los límites de su propio hogar, en el que también estaban sometidas al varón. Sin embargo los evangelios no pueden ocultar la presencia femenina entre los más íntimos de Jesús, en sus parábolas, en sus ejemplos de reino con tareas propiamente femeninas como el hacer pan o barrer la casa.

Mujeres como María Magdalena con una posición social reconocida, pero que algún mal muy profundo la tenía sometida hasta que Jesús le devolvió su dignidad y desde entonces ya Jesús fue el centro de su vida. Ella fue la que entendió que un sepulcro no era el destino final de Jesús y que debía enjugarse las lágrimas para recobrarlo vivo en Galilea, haciendo vida su vida, resucitando su memoria del lugar de muerte, para devolverlo a la vida a la que pertenecía. Su buena noticia fue esa: Jesús está vivo y en la vida para siempre, en la humanidad que él inauguró, sin distinciones de hombres o mujeres, todos en la misma mesa.

Las mujeres de hoy como de ayer tenemos la encomienda de la buena noticia de Jesús que sigue buscando dignificar a los más marginados: las mujeres. Privadas de los derechos humanos más fundamentales: la vida, la educación, la expresión y libertad, el trabajo remunerado y digno... Aún hoy, algunas son incineradas con sus maridos. Diariamente asesinadas por sus parejas. Sin vida propia.

Pero dejemos de mira para fuera, para mirar hacia el grupo de quienes se llaman seguidores del Maestro. La Iglesia católica es la única institución en el mundo occidental que sigue marginando a la mujer, donde la paridad sigue siendo un sueño imposible. Sigue negando lo evidente: la igualdad de dignidades entre hombres y mujeres.

Las religiosas de la iglesia católica son el 61%, el 39% son los varones entre sacerdotes, obispos, religiosos y diáconos. De los 34 doctores de la Iglesia, solo 4 son las doctoras. Si se trata de

elegir papa o tener puestos de dirección y decisión en la Iglesia: 115 cardenales y ni una sola mujer. Sin nosotras, ese 39%, tendría poco o nada que hacer, sin nosotras los templos pronto se vaciarían del todo.

La mujer está llamada, y es consciente, de que puede traer credibilidad y cambios para que la Iglesia vuelva a recobrar su originalidad: la circularidad, la comunión de iguales, el servicio mutuo. De esta manera la mujer es sujeto activo de evangelización para la Iglesia y para el mundo entero.

Sería bueno que recordásemos las declaraciones que Pablo VI hizo sobre la mujer en la clausura del Concilio Vaticano II, reconocía a las mujeres por primera vez en nombre de la Iglesia: «Su innata igualdad con el hombre», y el orgullo por su liberación, con un poder en plenitud otorgado por el evangelio. Pedía a las mujeres la tarea específica de «humanizar». Esas ilusiones se quedaron aparcadas desde el 8 de diciembre de 1965 hasta que nosotras logremos hacerlas realidad.

En los inicios de la comunidad de Jesús fue así. Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles dan fe del papel activo y evangelizador de la mujer: Lidia implanta el cristianismo en Europa; mujer fuerte e independiente, no ligada a ningún varón, autosuficiente, con voz propia ante Pablo, autónoma económicamente, comerciante y viajera..., una mujer libre para «la buena noticia» (Hech 16, 15-15).

Joan Chittister habla así de Febe: «era una diaconisa, una «ministra» reconocida de la iglesia. No era miembro de una eterna clase de sirvientes. No era la “mujer hembra” cuyo destino consiste en velar por la raza humana porque no es capaz de hacer otra cosa... Nos recuerda que los talentos que posee nuestro yo están destinados a ser desarrollados para el bien del universo..., nos recuerda que hemos sido elevados a la condición de co-creadores del cosmos que llamamos vida» (Rom 16, 1-2).

Los Hechos de los Apóstoles presentan a Prisca (Hech 18, 26), un

modelo para tantas mujeres que se ven obligadas a salir de sus tierras, su cultura, para iniciar otra vida: las inmigrantes. Ella en los años 40 tuvo que abandonar todo e iniciar lejos de su tierra otra vida nueva. Se convirtió en seguridad y buena noticia para otros marginados. Hoy diríamos de ella que es una mujer «empoderada» (he incluido esa palabra en mi corrector del diccionario, porque me molesta que hasta él la desconozca). Empoderarse es tomar las riendas de la propia vida para ser puerto para otras. Ser buenas noticias.

La historia está llena de buenas noticias de mujeres que el poder masculino ha ocultado. Los textos sagrados son prueba de las pocas mujeres que se cuelan discretamente en relatos patriarcales donde no se mencionan ni el nombre de las hijas de Israel. Cuando estas toman vida es porque, como en el evangelio, es tan evidente que no puede ocultarse.

Nuestra historia es igual, surgen movimientos femeninos, teología feminista, que son buena noticia de levadura fermentando toda la masa y tejido social. Nosotras no tememos al hombre, no competimos con él, pero les ganaremos el lugar que nos arrebataron desde el inicio de la creación, cuando la evolución hizo que llegaran a ser hombre y mujer..., y vio Dios que era bueno y buena noticia para el resto de la creación. Cuando eso ocurra el Reinado de Dios estará más presente en la historia, habrá llevado el evangelio a la mujer.

La mujer objeto de evangelización

Somos objeto de evangelización porque somos una mitad de la humanidad que en el transcurso de la historia hemos sido privadas de nuestra dignidad de iguales ante los hombres. Porque aún hoy se trafica con nuestro cuerpo y muchas de nosotras viven espantos. Marilú Rojas Salazar recuerda que «... el 60% de los pobres del mundo son mujeres. UNICEF afirma que 60 millones de mujeres están desaparecidas o muertas a causa de la discriminación sexual; cerca de 3 a 4 millones de mujeres son golpeadas en el mundo cada año; las mujeres representan dos tercios de los analfabetas

del mundo; la prostitución y el tráfico de niñas en playas y centros turísticos va en aumento; la discriminación que viven las mujeres indígenas y de origen afro es triple en comparación a la que sufre el hombre; los feminicidios en Ciudad Juárez han sido superados por los del Estado de México, lo cual nos muestra que la violencia de género se ha incrementado cada vez más.

A lo anterior debe sumarse la constatación del libre mercado de los cuerpos de las mujeres expuestos a la moda y a las exigencias de cuerpos esculturales para agradar a los hombres. Se pretende que la mujer se mueva dentro de los estándares de belleza establecidos por la dinámica patriarcal y neo-liberal, y con ello se preste a ser objeto de placer sexual o se someta a los roles de sumisión dictados por los hombres para que las «relaciones de pareja» funcionen; corriente al hecho de que varias mujeres se unen a dicha dinámica en plena libertad, olvidando su dignidad como tales.

Nawwal Al-Sadawi, es una mujer egipcia de 82 años, que desde muy joven sufrió como tantas otras la mutilación de los órganos genitales, psiquiatra, escritora, feminista y luchadora política. Desde prisión, a causa de sus luchas, escribe en papel higiénico y con lápiz de cejas prestado: «Hemos de tener confianza en nosotras. Que nuestras diferencias no nos dividan... Ser feliz es hacer lo que amamos. La creatividad se relaciona con el amor. Nuestras vidas son una prueba de fuego, una lucha por la libertad y la dignidad propia y ajena. No tengamos miedo a ser diferentes, a desarrollar nuestro pensamiento crítico, a tener el valor de cuestionarlo todo: a tu padre, a tu matrimonio, a tu Dios, todo menos el derecho a la vida en abundancia y la libertad plena de las más humildes...Y, mientras escribo, un temblor húmedo recorre mi rostro y siento invisiblemente las manos de miles de mujeres del mundo: intelectuales, campesinas, prostituidas, refugiadas, artistas, cuyas manos transgresoras enjugan mis lágrimas, y me invitan a seguir resistiendo y luchando hasta que la vida sea una danza inclusiva, sin velos, una fiesta permanente y definitiva para todas.»

Jesús de Nazaret tuvo el coraje de cuestionarlo todo, incluido también el Dios de sus padres. Por eso enseñó con su vida un estilo nuevo que rompió los esquemas religiosos establecidos; se rodeó de mujeres que le siguieron rompiendo también los espacios sociales que regían el judaísmo. Las manos transgresoras de las mujeres que vivieron y escucharon a Jesús hoy reclaman de nosotras, mujeres del siglo XXI, el coraje que ellas tuvieron para decir la verdad sobre la justicia, sobre la igualdad y amor que Jesús proclamó.

Sin ningún tipo de duda, por ser las más pobres y discriminadas a lo largo de la humanidad, seguiríamos siendo destinatarias especiales del mensaje liberador de Jesús. Sabemos, que hoy como ayer, Jesús se acerca a nosotras para tomarnos de las manos y levantarnos diciéndonos: «**Talita, cumi**», que quiere decir: **Niña, levántate** (Mc 5, 41). Somos esa mujer en potencia, esa niña (en la sociedad y en la Iglesia) que será una mujer puesta en pie para sí y para los demás.

Creo firmemente que somos objeto especial de las palabras y las intenciones de Jesús y que de sus palabras y el contacto con él sabremos alzarnos y emerger de la historia para levantar a todas las mujeres y no parar hasta rescatarlas del olvido y los márgenes de la historia.

Si vuelvo a mi historia personal sé que cuando entendí a Jesús, entendí su compromiso por los últimos: los pobres. Y en ese camino del compromiso con los últimos, he descubierto a la mujer. He tomado conciencia de su realidad, se me ha caído la venda de la deformación patriarcal recibida y he visto la desigualdad, el dolor, la falta de derechos y la marginalidad de la que hoy la mujer sigue siendo centro, de todo lo que injustamente la vida nos sigue privando. He visto muros, imposición de roles... Si soy honesta con el Dios de Jesús no puedo callar, he de tomar partido y situarme del lado de las mujeres, del feminismo.

Hoy, tanto como ayer necesitamos del contacto con Jesús, de ser

tomadas y sanadas, para creer en nuestras posibilidades, para levantarnos y puestas en pie levantar a todas cuanto se doblagan. La buena noticia para nosotras es volver a escuchar a Jesús que nos dice: «**Talita cumi**» Levántate, recupera la dignidad de hija. Llena de gracia, Dios «ES» contigo: te habita, es tu aliento, tu fuerza inquebrantable que no cesará hasta implantar la justicia en la tierra.

Las profecías de Joel nos alientan, nos recuerdan la buena noticia, la voluntad de Dios:

«Sucederá después de esto que yo derramaré mi
Espíritu **en toda carne**.
Vuestros hijos y **vuestras hijas profetizarán**,
vuestros ancianos soñarán sueños,
y vuestros jóvenes verán visiones.
Hasta en los siervos y **las siervas**
derramaré mi Espíritu en aquellos días» Jl 3, 1-2